
Prosa y poesía en las universidades públicas

Luis Porter¹

Clyde Weaver, un planificador urbano que había trabajado junto a John Friedman, escribió en 1983 lo siguiente:

"En nuestros días, seguir los bruscos cambios de las ciencias exactas, implica cada vez más reconocer que lo que es "racional" en una dimensión del conocimiento puede ser "irracional" en otra. Más importante aún: un concepto de racionalidad que depende ingenuamente de una u otra dimensión del saber es en sí mismo irracional, ya que ignora otros aspectos que también integran la experiencia humana".

Tuve la suerte de conocer a Clyde Weaver durante su estancia en MIT, en 1980-1981, y de escucharlo durante uno de los seminarios que el programa SPURS (*Special Program for Regional and Urban Studies*) organizaba a la hora del “lunch”, todos los miércoles. Clyde Weaver estaba invitado como profesor en el Departamento de Estudios Urbanos del MIT, por su director, Lloyd Rodwin. Su relación con John Friedman en la UCLA le daba un aura especial, Friedman era pionero en la teoría urbana, aunque había descrito en la planificación como la aplicación de “la inteligencia científico-técnica”. En aquella época mi mundo era el de los estudiosos de la ciudad, preocupados por el “espacio físico” que da soporte material o infraestructura a la sociedad (una preocupación entre megalómana y narcisista, típica de los arquitectos que no se contentan con el objeto y quieren ampliar su poder de diseño a la ciudad). Los urbanistas nos encontrábamos en busca de un “espacio de acción”, concepto que provenía, como generalmente ocurre, de una larga palabra alemana: *Handlungsraum*.

En aquella época no se hablaba de globalización ni del inicio de la “era del conocimiento” (entendiendo como conocimiento lo que uno puede aprender en el Internet), estábamos en lo que se titulaba “la era de una sociedad planificadora” (“a planning society”). El concepto de planificación era extremadamente popular, a pesar de sus connotaciones y ligas con el mundo socialista. Ocupaba el lugar del concepto de gobierno. Los avances teóricos se basaban en trabajos de Mannheim, Olsen, con su modelo de una sociedad sistémica, y Gould, cuyo libro “*La Sociedad Racional*” estaba en boga, y en el que definía racionalidad como “una forma rápida de señalar los estándares en los que yo y otros apelamos al tratar individual o colectivamente de dar nuestras “razones” en una forma clara y demostrable”.

Sin embargo la idea de una sociedad planificadora provenía de John Friedmann, quien se oponía diametralmente a las visiones que él consideraba “de pesadilla”, de un sistema

¹ Arquitecto. Doctor en Educación, profesor Universidad Autónoma Metropolitana de México. Para mayor información sobre el autor: www.excelencia.uat.mx/porter/

político totalmente planeado y regulado, centralmente. Es interesante notar que la idea de planeación siempre se asoció a regímenes totalitarios, y estos autores progresistas buscaban una racionalidad que tolerara puntos de vista divergentes, como una fuente potencial de creatividad. Aun así, el centralismo prevalecía, la preocupación esencial residía en mantener la diversidad, aunque sin perder control sobre las reglas que gobernaban los procesos de planeación y toma de decisiones. De todos modos prevalecía la existencia de agencias supremas de planeación, a través de la producción o emisión de programas y acciones, políticas sociales, haciendo el papel de guardianas de los procesos racionales en los que esta variedad de posiciones se articulaba con el fin de escoger o decidir, entre opciones. Una concepción que en la democracia americana y en su planeación, de por sí descentralizada, tenía sentido, pero que en las interpretaciones locales, mexicanas, asumían otros rasgos. No es extraño entonces que desde entonces, los años setenta, la SEP en México a través de ANUIES-SEIC promoviera el Sistema para la Planeación Permanente de la Educación Superior (SINAPPES) (aún vigente) aplicando algo de estas teorías dominantes, aunque sin preocuparse mucho por el problema de la diversidad, sino más bien enfatizando el carácter general, central, e indiscriminado de este sistema tanto en su concepción como en la aplicación de sus políticas.

Utilizando este modelo las políticas federales, desde entonces, se centraron en métodos y técnicas que se definieron en programas nacionales, implementados verticalmente a través de manuales y guías para que las UPes (universidades públicas), a través de sus departamentos de planeación las utilizaran a nivel institucional. La meta de este enfoque era desarrollar métodos para solucionar problemas de manera que la conducta de las instituciones resultara, en sus palabras, más "racional". No se hablaba de cambio institucional, se planteaba una visión macro que veía, ya desde entonces, el panorama de la educación superior y de las UPES como un todo y donde se prestaba poca o ninguna atención tanto a las diferencias que existen entre regiones e instituciones, como al proceso mismo, es decir, a la manera en que los administradores y planificadores de las universidades se conducen en la realidad. No se asumía ni se quería ver el hecho de que tanto el diseño como la puesta en marcha de políticas no sigue "un curso ordenado y razonado hacia una meta"², (citando a mi maestro Russell Davis), sino más bien un proceso bastante "desarticulado", (disjointed) altamente relacionado con procesos no-racionales. Esta contradicción entre un concepto de racionalidad que supone un orden predeterminado, situaba al contexto político y organizativo, y su cotidianeidad, como algo "irracional" al que se le atribuye las barreras que impiden la aplicación de las políticas y programas que emergen de dicho modelo normativo.

Durante mi doctorado (1980 a 1988) fui reuniendo elementos que trataban de entender estas dos dimensiones encontradas: lo "racional" y lo "no-racional". En una época que precedía a la "era de la incertidumbre" en la que hoy oficialmente nos encontramos, abordar estas aparentes contradicciones encerraba múltiples implicaciones. Una muy importante era entender la disociación entre la planeación (como reflexión) y la puesta en

² Russell, Davis. *Planning Education for Development*. Vol.I. *Issues and Problems in the Planning of Education in Developing Countries*. Vol.II y, *Models and Methods for Systematic Planning in Education*. Harvard University. Cambridge, Ma. 1980.

práctica (como acción), es decir, entre la planeación o gobierno y la acción organizativa. Lo que las universidades hacían en México eran "planes sobre los que jamás se actúa o, si se hace, estas acciones no se llevan a cabo totalmente"³ (citando a mi maestro Donald Warwick). Es así como en mi trabajo de tesis, buscaba contrastar el modelo normativo en el que me había formado desde mis épocas de arquitecto y planificador urbano, con otros modelos de planeación, tomados de estudiosos de las organizaciones, en particular los avances de Donald Schön en lo que sería su libro *The Reflective Practitioner*, como mi tutor en MIT, y durante el curso que tomé con él, titulado, "Análisis institucional", en el año de 1981. Schön abogaba por el desarrollo de la capacidad de una "reflexión en la acción" e integraba en un todo la criticada "racionalidad técnica" con lo que él llamaba una "racionalidad de diseño" y que podríamos entender más claramente como una "racionalidad artística". Pero este tipo de integración entre mente y espíritu, requería de una introspección, de una necesaria autocrítica que pasaba por un serio cuestionamiento de nuestros propios marcos cognitivos.

Más de 15 años después esta primera versión de mi tesis, en la que recogí lo enseñado y aprendido por estos maestros, reconozco o tengo la impresión de que en todos mis escritos y ponencias he intentado, sin saberlo, bajarme del altar en que los arquitectos tienden a situarse, tratando de entender y reconocer al "otro", lo que implicó una necesaria introspección, que me llevara a entender mejor esta dicotomía entre "racionalidad" y "locura", que equivale a decir: técnica y humanismo, arte y ciencia, sensibilidad y razón.

Superar rupturas, significa, desmitificar, revelar con palabras, aquello que nos mantiene ciegos o en silencio, para lograr lo que mi maestra, la antropóloga Lisa Peattie, (nieta de Robert Redfield y de Park, los grandes sociólogos urbanos de Chicago) llamó la "doble visión", es decir, la habilidad de actuar desde una perspectiva, mientras nuestra mente tiene conciencia de otras perspectivas posibles. La capacidad de tener una doble visión, es un antídoto al pensamiento enajenado, alienado, producto del énfasis puesto en la predominante racionalidad técnica.

Esta preocupación no parece estar presente en los investigadores educativos. Muchos de ellos se consideran "serios y rigurosos" porque basan su trabajo en interpretaciones del método científico, donde predomina un criterio formal, preocupado por la "metodología", mistificando el "marco teórico" y dando extremado valor a lo cuantitativo. Cualquier problema de la vida cotidiana es de una gran complejidad si queremos entenderlo cuantitativamente, pero puede ser más manejable si reducimos nuestra aspiración a entenderlo cualitativamente. Los que tienen experiencia en construir modelos cualitativos, descubren que muchos problemas tienen estructuras y formas similares, que hay una notable regularidad cualitativa entre problemas similares de salud, ambientales, educativos, etc. Se reconoce que cada problema en sí es único, porque no se ajusta a la racionalidad técnica del que se considera experto porque pasó por cierto amaestramiento

³ Donald, Warwick. " Integrating Planning and Implementation : a Transactive Approach". en: Russell Davis et.al. *Planning Education and Development. Vol. 1: 379-411*. Center for Studies in Education and Development. Harvard University. Cambridge. 1980, y *Implementation as Transaction*. Capítulo 12, Ed.Bitter Pills.

educativo y quiere ver la realidad a través del manual de procedimientos donde se ensalza al límite la metodología, el marco teórico y otros mitos. De hecho, deberíamos estar mejor adaptados para trabajar con modelos cualitativos, porque el mundo en que vivimos es esencialmente cualitativo: es un mundo de formas, de colores, de conversaciones, pensamientos, creencias, actitudes, valores, sospechas, donde los grandes errores en la interacción entre las personas no se cometen, como dice Matus, porque un triángulo mide diez centímetros más o menos de lo que calculamos, sino porque lo confundimos con una pirámide.

En suma, vivimos en un mundo roto, quebrado, en el que todo se separa, el contenido de la forma, la técnica de la teoría, la prosa de la poesía... La arrogancia del académico, con sus corazas asentadas en la razón, quiere ver al hombre como el *homo sapiens*, y olvidan que el homo es también *homo demens*. Hay un factor de locura que vive en nosotros, con tanta o más fuerza que el factor de cordura. De hecho, las ideas de Edgar Morín nos ayudan a entender esto. En su libro “Amor, poesía, Sabiduría” nos revela con mucha claridad lo que autores como Matus, Schön, Mintzberg y otros, han tratado de decir con otros lenguajes.

Sí, el ser humano, aun cuando tenga una plaza de tiempo completo en un centro de investigación prestigioso como el Cinvestav del IPN, o haya egresado de los doctorados en educación inspirados por el modelo de Aguascalientes, no solamente carece de suficiente razón, sino que se encuentra fuertemente dotado de una buena dosis de sinrazón. Vivimos en un mundo de apariencias, y los que dirigen la educación superior así lo perciben y lo asumen, y por eso se preocupan tanto por promover la simulación como si tuvieran un profundo amor por el teatro, sin entender que el teatro va mucho más allá de la simulación y de las apariencias. Vivimos en un mundo quebrado, roto, separado, disperso, y quizás por ello, algunos sentimos este impulso hacia el encuentro, hacia la exaltación de aquellas partes que yacen separadas y que debemos recuperar, rescatar, integrar.

Cualquiera sea nuestra cultura, nortños o sureños, sajones o latinos, todo ser humano produce dos lenguajes: 1) el lenguaje racional, empírico, práctico, técnico, y 2) el lenguaje simbólico, mítico, mágico. El primero se basa en la lógica, y trata de objetivar aquello de lo que habla. El segundo usa otros recursos, metáforas, significaciones que van más allá de cada palabra, que están en su etimología. De allí la importancia de conocer bien la etimología de las palabras (el griego y el latín) que tanto nos ayuda a traducir la verdad de la subjetividad. A estos dos lenguajes (no siempre separados) corresponden dos estados, el que usamos en este instante y que cubre la mayor parte de nuestros días, cuando hablamos en prosa. Y el estado segundo, el otro estado, que podríamos llamar el de la poesía.

El primero es prosaico y es el único que conocen o reconocen nuestros políticos de la educación superior: físicos o químicos, ingenieros o médicos. El segundo, que Morin llama “estado poético” es similar al que Schön entiende como “racionalidad de diseño”...

y es el estado que nos permite “ver”, el que le agrega ese segundo plano, la “doble visión” de Lisa Peattie. Uno no existe sin el otro, y en el idioma de Morin, diremos que la trama de nuestra vida se arma en esta dualidad poesía-prosa. Entendamos, el ser humano es poético y es prosaico a la vez. Entendamos que se trata de una doble existencia, una doble polaridad.

Muchos de ustedes, docentes que han trabajado en zonas rurales, en la sierra, y que están más cerca del hombre trabajador, del campesino, han podido constatar aquellos estados del hombre, que mal llamamos primitivos, en donde la relación entre estos dos estados, prosa y poesía, es más estrecha. La vida cotidiana en épocas pasadas ocurría entre ambas. Se trabajaba, se sembraba, se cocinaba entre cantos y ritmos, entre ceremoniales y símbolos, donde ambas dimensiones, la objetiva y la subjetiva formaban una unidad.

Actualmente se ha producido una profunda separación. Esto no es nuevo, viene ocurriendo desde el Renacimiento, y basta que lean a Isaiah Berlin (por ejemplo, sus conferencias A. W. Mellon que dio en Princeton y se han publicado recientemente en español bajo el título “Las Raíces del Romanticismo”) para entender los antecedentes de esta ruptura. Un debate actual es el relegamiento de la dimensión poética en el mundo de la educación. Este cisma se hace claro cuando vemos a lo que se dedican los departamentos de “difusión cultural”, el sitio en donde se encuentra el arte, la música, la literatura en nuestras universidades. Se hace aún más crudamente evidente cuando observamos la infraestructura física construida por el CAPFCE... y llega a niveles patéticos cuando recibimos a nuestros funcionarios políticos de la educación superior y escuchamos sus discursos. No hay nada más prosaico que el medioambiente que nos rodea, y en el campo educativo, las políticas a las que intentan someternos.

Por lo tanto, desprosificar la vida cotidiana, dentro y fuera de las universidades, reintroducir la poesía de la vida, ha sido el mensaje que los artistas contemporáneos, a partir del nacimiento del siglo XX, han intentado. Un impulso que yace latente y que explica, quizás, el porqué en forma intuitiva, en mi propio trabajo personal, comencé denunciando el “racionalismo” autoritario y arrogante que ANUIES y SESIC intentaban imponer a nuestro mundo universitario, empresa que ha continuado casi sin variantes hasta el día de hoy. Como sus marcos carecen de poesía, no entienden que la tarea no es “cambiar las universidades”, como tampoco se trata de “cambiar al mundo”, sino que la empresa es menos superficial y mucho más compleja: se trata de “cambiar la vida”... Y este cambio de vida no ocurre subordinándose a un programa federal de “mejoramiento” o de “actualización” o de “evaluación del desempeño” como tampoco se logra subordinándose a un partido político. Porque recordemos... (citando a Morin nuevamente, como lo seguiré haciendo hasta el final de este escrito):

“El poeta no debe encerrarse en un área estricta confinada, el área de los juegos de palabras, de los juegos de símbolos. El poeta tiene una competencia total, multidimensional, que atañe pues a la humanidad y a la política, pero no debe dejarse

someter por la organización política. El mensaje político del poeta es ir más allá de la política”

No podemos reducir nuestra visión del mundo a un problema de rechazo al neoliberalismo, de acusación al sistema capitalista, de resentimiento y odio a la macroeconomía. La labor debe iniciarse desde el detalle micro, desde la partícula mínima que somos cada uno de nosotros. Es una labor interna en donde debemos integrar prosa y poesía, razón y sentir, intuición y lógica, en una unidad que se alimenta mutuamente.

Los problemas macros, corresponden a una “hiper-prosa”, la irrupción de un modo de vida monetarizado, cronometrado, parcelado, compartimentalizado, atomizado, y no solamente de un modo de vida, sino también de un modo de pensar en el cual los expertos son competentes para resolver cualquier problema, y esta invasión de la hiper-prosa está ligada a la irrupción económico-tecnoburocrática. En estas condiciones la invasión de la hiper-prosa, de lo macro, crea, en mi opinión, la necesidad de una hiper-poesía.

Vivimos en una época en donde la formación de conceptos (leer a González Casanova) ha cambiado. Época de incertidumbre. Ya no existe la idea de progreso, ni de salvación. No hay leyes en la historia, el determinismo de Einstein ha sido superado por la incertidumbre de Bohr, tanto en la Física como en el mundo real social. Todo lo que avancemos es por conquista, y esa conquista puede retroceder mañana. Hay que regenerar cada día el paso dado si queremos dar otro. Estamos en una era donde la globalización no es ese objeto de consumo que creemos poder comprar por Internet. La globalización es una metáfora de lo que podemos entender como la era planetaria. Es decir, lo que ocurre en Manhattan hoy, nos afecta a todos. Los pozos de petróleo de Irak, afectan nuestra cotidianidad. Eso, como educadores nos obliga a algo muy simple de decir: tenemos la misión de colaborar en la civilización de las relaciones humanas en nuestro mundo.

Frente a esta sensación o situación de desamparo, ¿cómo superar las angustias que provocan las contradicciones que nos toca vivir? Es posible que la respuesta sea sencilla. Después de todo, cuando me invitan a Durango, no me dicen, vas a estar en un auditorio, van a estar presentes tantos estudiantes, no me hacen una estadística de las condiciones o consecuencias de mi visita, me hablan en cambio de los membrillos de Nombre de Dios, del mezcal que sabe a campo, de las fachadas y los parques de la ciudad, del cielo azul que voy a disfrutar. Es decir, me hacen un relato poético, no académico, ni intelectual. Porque lo que nos hermana no son tan sólo las posibilidades de nuestra mente, con sus deformaciones, los egos, las credenciales y los honores académicos, sino las plantas, los pájaros, las flores, la diversidad de la vida. Nuestra fuente de recursos radica en esa dimensión poética que todos tenemos, en el necesario diálogo entre conocimiento e inspiración, entre ciencia y poesía. Después de todo, la ciencia nos revela un universo fabulosamente poético. ¿Cómo puede ser que nuestros físicos y químicos se hayan quedado absortos en la abstracción de las fórmulas y hayan dejado de ver las imágenes plásticas, visualmente maravillosas, de un cielo estrellado?... ¿o de un microscopio del que emanan fractales?... Hoy que las ciencias duras se han desintegrado, pareciera que

nuestros políticos que provienen de ese mundo en crisis, no han entendido que ese aparente final está señalando un nuevo universo en nacimiento. Todos vivimos una nueva aventura. No podemos abordarla desde la anticuada parcela de lo prosaico. Debemos reconocer la poesía que vive en nosotros. No se trata de “cambiar” lo viejo por algo nuevo... la creatividad no pertenece a las “vanguardias”. La poesía y el arte no es necesariamente lo que se produce en Nueva York o en París. Lo nuevo no es necesariamente lo mejor.

“Fabricar lo nuevo por lo nuevo es estéril. El problema no está en la producción sistemática y frenética de lo nuevo. La verdadera novedad nace siempre en el retorno a las fuentes” E. Morín

Digamos, para terminar, que la fuente de vida ha sido siempre aquello milagroso que no podemos explicar con la razón. No podemos vivir tan sólo dependiendo de nuestra mente y cuidando las apariencias, viviendo una vida “razonable”. Una vida razonable puede ser una vida vacía, comer sano, vivir sano, no correr riesgos, es una vida de *homo sapiens*... Pero... ¿no es una locura querer erradicar nuestra locura?... Existe en el hombre *demens* un ser contradictorio, que no suprime su componente mitológico, su componente imaginario... la sabiduría no tendría sentido si no es para compensar los impulsos de este ser loco que tenemos dentro. Vivimos en un mundo de apariencias y de simulación. Nos empujan a ser así. En este mundo de rupturas y separaciones lo que nos hace sentir son nuestras dudas, nuestras sinrazones, nuestros amores. El amor por nuestra docencia, por los estudiantes que pueblan a la universidad... cuando es mayor que nuestro rechazo a los edificios del Capfce, a las políticas de SESIC, a los “egotrips” de nuestros funcionarios, es un tipo de locura sana. Hay que estar loco para ser un altruista y seguir dando clases bajo condiciones difíciles y con sueldos tan limitados.

Pero la paradoja es que coexisten en nosotros dos fuerzas, la de los vacíos que vivimos dentro y fuera nuestro, y el de la plenitud que sabemos nos puede ofrecer la vida. Se trata de unir la locura con la sabiduría. La prosa con la poesía. No existe racionalidad si no reconocemos en ella la locura. Dejemos que en nosotros dialoguen la osadía y la prudencia, la economía y el dispendio, la templanza y el exceso, el desapego y el apego. Busquemos una prosa que esté siempre llena de poesía. Si logramos unir estas partes hoy rotas, seremos elementos dinámicos, creativos, donde técnica y arte estarán contribuyendo con su semilla al cambio y al mejoramiento de la pequeña parcela en la que nos tocó existir.

